

Con creciente osadía, pero sin moderación, se expresó Savonarola en los sermones de Adviento de 1493, sobre la corrupción del clero, y no menos sobre los vicios de los príncipes. «Los predicadores, decía, lisonjean el día de hoy los oídos, con Aristóteles, Virgilio, Ovidio, Cicerón, Dante y Petrarca, y no se preocupan de la salud de las almas. ¿Por qué no enseñan, en lugar de tantos libros, el único donde se contiene la ley y la vida? El Evangelio, ¡oh cristianos! deberíais traer siempre con vosotros; pero no me refero al libro, sino á su espíritu; pues, si no tienes el espíritu de la gracia, nada te aprovecharía traer contigo todo el volumen. Tanto son, por consiguiente, más menguados aquellos que se cuelgan al cuello multitud de breves y cédulas de indulgencia, de suerte que no parecen sino vendedores que se dirigen á la feria. La caridad cristiana no reside en los papeles ni en los libros; los verdaderos libros de Cristo son los Apóstoles y los Santos, y la verdadera vida consiste en imitar la vida de ellos. Pero ahora los hombres, y principalmente los clérigos, se han convertido en libros del demonio. Hablan contra la soberbia y la ambición, y se hunden en ellas hasta las cejas; predicán la castidad y mantienen concubinas y mancebos; mandan observar el ayuno y juntamente viven en el lujo. No valen para nada, son libros falsos, libros del demonio; pues éste escribe en ellos toda su malicia y todos sus vicios. Los prelados se pavonean con sus dignidades y desprecian á los demás; exigen que uno se incline y arrastre delante de ellos, aspiran á las primeras cátedras en las escuelas y á los primeros

León X, al conceder la indulgencia á los visitantes, no pensó sin duda alguna en aquel personaje. Dicho oratorio no está ligado estrechamente á la memoria del fogoso dominico, sino desde época muy reciente, en que se le erigió allí un monumento. Contiguos á este lugar se hallan el aposento de estudio y el dormitorio de Savonarola. Estas dos celdas son muy pequeñas, cada una tiene sólo cuatro pasos en cuadro y una ventanita pequeña, algo más de dos pies de alta, redonda en su parte superior. V. Brunner, Studien, I, 71. En la primera celda se hallan ahora las «reliquias» de Savonarola, que en otro tiempo se conservaban en la sacristía de San Marcos: su rosario, capa, cilicio, ropa interior y un pedazo del poste en que sufrió la muerte. En *San Marcos* se conservan además dos biblias, cuyas notas marginales se atribuyen á Savonarola, aunque Villari, II, 129, duda de la exactitud de esta afirmación. En cambio, el citado sabio considera como procedentes realmente de Savonarola las glosas de dos biblias, que se hallan, la una en la *Biblioteca nacional*, y la otra en la *Riccardiana*. En 1888, el conde Paar, embajador de Austria en el Vaticano, me mostró en su rica colección una biblia con numerosas notas marginales de Savonarola.

púlpitos de Italia. Tienen gusto en que se les halle por la mañana en la plaza, y se les salude llamándoles maestros y *rabbi*; ensanchan las orlas de sus vestidos y dilatan sus filacterias, se llenan de hinchazón, afectando gravedad en el rostro, y pretenden ser entendidos á la menor señal. Todo está arruinado en la Iglesia. Los prelados no tienen ya facultad para distinguir entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso. Mira como ahora los prelados y predicadores tienen todo su sentido solamente en la tierra y en las cosas terrenas, y no tienen ya puesta en el corazón la solicitud de las almas. En los primeros tiempos de la Iglesia los cálices eran de palo y los prelados de oro; pero ahora tiene la Iglesia cálices de oro y prelados de palo» (1).

Todavía produjeron mayor asombro los sermones cuaresmales que pronunció Savonarola en el año 1494, en los cuales relacionó los castigos profetizados por él, con la venida de un nuevo Ciro que cruzaría sin resistencia toda la Italia. En Septiembre volvió sobre el mismo asunto; ya se habían extendido oscuros rumores sobre la expedición de los franceses, y aumentaba la general ansiedad. A 21 de Septiembre alcanzó ésta su más alto grado: las amplias naves de la catedral de Florencia apenas podían contener la muchedumbre que ya desde varias horas esperaba con indescriptible expectación y emoción. Por fin subió Savonarola al púlpito, y, con tono terrible, comenzó con las palabras de la Sagrada Escritura: «*Ecce ego adducam aquas super terram*» (he aquí que enviaré las aguas sobre la tierra). Estas palabras que traían á la memoria cierta profecía muy extendida, sobre una grande inundación, encendieron al auditorio, como si hubiera caído un rayo en el templo; la tristeza y el terror se apoderaron de los innumerables oyentes, «y fué tan grande el espanto, las lágrimas y los sollozos, escribe el cronista Cerretani, que todos andaban por la ciudad como medio muertos y sin habla». Y Poliziano dice que se le erizaron los cabellos (2).

Algunas semanas después fueron expulsados los Médici y el monarca francés celebraba su brillante entrada en Florencia. La terrible realización de las predicciones de Savonarola, su eficaz

(1) Prediche del r. p. Fra G. Savonarola sopra il salmo Quam bonus. Vinegia, 1544 (Predica VII, f. 56 s. Pred. VIII, f. 72^b. Pred. XXIII, f. 247 ss., 256. Villari, Savonarola (edición alemana), I, 128-129, 132.

(2) Villari, I, 203. Simone Filipepi (Villari-Casanova, 475) aprecia en 8,000 á 10,000 personas el número ordinario de los oyentes de Savonarola.

intercesión para conservar la paz en la ciudad durante la presencia de los franceses, había aumentado su influjo hasta lo incommensurable. El pueblo miraba en él al verdadero profeta de todas las cosas que habían sucedido; sólo él había sido capaz de mudar el ánimo del monarca francés antes de su entrada en Florencia; sólo él le había podido mover á marcharse. De él se esperaba, por consiguiente, el consejo y el auxilio, y la orden de todo lo que se había de hacer entonces en la difícil obra de modificar la constitución (1). De esta suerte el Prior de San Marcos se vió empujado por las circunstancias más y más cada día hacia un terreno extraño, peligroso y resbaladizo. Su intervención en los negocios políticos nació seguramente de las mejores y más puras intenciones; pero, sin embargo, fué imprudente, peligrosa y funesta. Savonarola justificó dicha intervención alegando haberla creído necesaria para la salud de las almas. «¡No me querías creer, exclamaba, dirigiéndose al pueblo, en sus sermones sobre la reforma de la constitución; pero ahora has visto que todas las palabras han venido á cumplirse, y no es mi voluntad quien me las inspira, sino vienen del Señor. Escuchad, por consiguiente, á quien no busca otra cosa sino la salud de vuestras almas. Purificad vuestros corazones, velad por el bien común, olvidad los intereses privados. ¡Si con este espíritu renováis vuestra ciudad, ella vendrá á ser más gloriosa de lo que fué antes en tiempo alguno! ¡Y tú, oh pueblo de Florencia, comenzarás la reforma de toda Italia, y levantarás tu vuelo sobre todo el mundo, para llevar la reforma á todas las partes!» Esta reforma, continuaba enseñando Savonarola, debe empezar por el clero, y subordinar el bienestar temporal al moral y religioso; si Cósimo de' Médici había dicho que los Estados no se regían con Padrenuestros, esto era precisamente la máxima de un tirano; si querían una buena constitución, era necesario referirla á Dios. Si esto no fuera así, á la verdad, él no quería tener que ver con los negocios del Estado.

Para esta nueva constitución recomendaba, en un sermón en la catedral, cuatro cosas principales: Temor de Dios y restablecimiento de las buenas costumbres; amor á la constitución democrática (*governo popolare*) y al bien común, posponiendo cualquiera ventaja privada; una completa amnistía para los partidarios del anterior Gobierno, y benignidad para los deudores del Estado; y

(1) Villari, P, 256.

finalmente, la institución de un gobierno sobre la más ancha base (*governo universale*), en el cual debían tomar parte todos los ciudadanos (1). Sucedió lo que no era creíble: el Prior de San Marcos llevó al cabo el planteamiento de una constitución democrática, y las ideas expresadas en sus sermones se convirtieron en leyes del Estado. El Gran Consejo se fundó como él lo había propuesto, reformáronse los tributos, se mató la usura erigiendo un Monte de Piedad, ordenóse la administración de Justicia y se suprimió el abuso de las tumultuarias asambleas populares, llamadas Parla-mentos, que habían explotado los Médici (2).

La reforma política no era más que una parte de la grande incumbencia que se había propuesto Savonarola: sus planes abrazaban tanto la vida social, como la ciencia, la literatura y el arte. Contra el Paganismo del falso Renacimiento había de hacerse que reinara de nuevo en todos los terrenos la vida cristiana. Su «*Eviva Cristo*» debía ir de boca en boca; el libro de la divina ley debía ser la norma sublime de la vida política y social, científica y artística. En este sentido se hizo á Cristo Rey de Florencia y se le proclamó protector de su libertad (3).

La elección de Cristo por Rey de Florencia, tenía además otro sentido diferente. Savonarola pretendía ser órgano de particulares revelaciones y encargos divinos. Su ánimo poético y excitable hasta el fanatismo; su ardiente fantasía, y el haberse enfrascado en los libros proféticos y apocalípticos de la Sagrada Escritura, y en las predicaciones de un Abad Joaquín y Telesforo, engendraron en él la firme creencia de que tenía inmediatas comunicaciones con Dios y con los ángeles. Creyó oír voces divinas y ver celestiales visiones. «Las visiones fueron alcanzando gradualmente un predominio tal sobre su conciencia reflexiva, que aun estando en conversación con otros, veía el cielo abierto y oía voces, y no dudaba ya estar realmente en inmediato comercio con el mundo de los espíritus.» «Lo que veía en espíritu y anunciaba, dice él mismo en su escrito sobre las visiones, era para mí mucho más cierto que

(1) Villari, P, 276 s., 279.

(2) Sobre Savonarola, como reformador de la constitución florentina, además de Villari, P, 283 ss., 316 s., cf. también Frantz, Sixtus IV, 58 ss. V. además Gherardi, 323 s. Cipolla en Arch. Venet, 1874. Thomas, Les révolutions polit. de Florence (París, 1881), 348 s. Bernon en la Rev. des quest. hist., LXXXVIII, 563 s., y Spectator en la Allg. Zeitung, 1898, supl., n.º 169.

(3) Cf. Frantz, Fra Bartolomeo, 74, 76-79; cf. Perrens, 175 s.

los primeros principios lo son para los filósofos.» Una circunstancia exterior le afirmó todavía más en sus fantasías, y logró que echara de sí con vehemencia toda clase de dudas. En su convento de San Marcos había un fraile sonámbulo llamado *Silvestre Maruffi*, el cual tenía frecuentemente visiones y hablaba cosas extraordinarias. Este hombre inspiró pronto á Savonarola una tan ciega confianza, que llegó hasta dar alguna vez por propia, una visión de Maruffi, con un pretendido encargo de los ángeles (1); y aseguraba ser imposible que se engañara sobre sus divinas ilustraciones. «Yo conozco la pureza de mis intentos, he rogado fervorosamente al Señor, y me esfuerzo por seguir sus pisadas. He pasado noches enteras velando en oración, he perdido mi tranquilidad, he sacrificado mi salud y mi vida por el bien del prójimo. ¡No, no es posible que el Señor me haya engañado de esta suerte! Esta luz es la misma verdad, que viene en ayuda de mi inteligencia y guía mi caridad cristiana» (2).

En la fogosidad de su elocuencia contra la corrupción poderosamente fomentada por los Médici, se dejó también el apasionado dominico arrebatado no raras veces á muchas exageradas afirmaciones (3); y por causa de ellas nació la opinión de haber Savonarola sido enemigo de las ciencias y de las artes; pero las modernas investigaciones han manifestado, no obstante, que tal imputación era injusta. Está averiguado que Savonarola cuidó de los estudios en su convento, recomendando particularmente el estudio del griego y de las lenguas orientales, en provecho de las misiones; aunque, á la verdad, sin haber alcanzado resultados notables. Es además cosa cierta que Savonarola salvó para Florencia la magnífica biblioteca de los Médici. ¿Pudo un hombre semejante ser enemigo de las ciencias? Contra el reproche de haber sido adversario de la poesía y de los poetas, se defendió el mismo Savonarola. «Jamás me ha pasado por las mientes, escribe, condenar la poesía, sino sólo el abuso que muchos hacen de ella»; y luego explica más por-

(1) Villari, I^o, 330-331. Schwab en el Bonner Literaturblatt, IV, 903. Quiero hacer notar aquí expresamente contra Schnitzer, 567, para evitar otras malas inteligencias, que estoy muy lejos de tener á Savonarola por un impostor, pero tampoco puedo ver en él á un verdadero profeta, enviado por Dios. Cf. sobre eso más abajo, libro 2, cap. 6.

(2) Cf. Villari, I^o, 330 s. Schwab en el Bonner Literaturblatt, IV, 903 s., y Tocco en La Vita ital., II, 381 s.

(3) Burckhardt, II^o, 249.

menor este abuso. «Hay una falsa clase de pretendidos poetas, dice, que no saben hacer otra cosa sino imitar siempre servilmente á los griegos y romanos; quieren usar las mismas formas y los metros, invocan los mismos dioses y suelen emplear siempre los mismos nombres y las mismas palabras que ellos. Nosotros somos tan hombres como los antiguos, y hemos recibido asimismo de Dios la facultad de dar nombre diferente á las cosas que de día en día se mudan; pero aquéllos se han hecho en tales términos esclavos de los antiguos, que no sólo faltan en la manera de usar de ellos, mas se niegan generalmente á decir nada que los antiguos no hayan dicho antes. Lo cual no solamente es una falsa manera de componer poesía, sino también una verdadera peste para la juventud. Yo ciertamente no rehusaría el trabajo de demostrarlo, si esto no fuese más claro que el sol. La experiencia, maestra de todas las cosas, ha puesto tan claro ante los ojos de todos, los daños que se originan de esta falsa manera de poetizar, que sería enteramente superfluo volverlo á demostrar de nuevo. Pero, ¿qué diremos cuando aun los paganos mismos condenan á los poetas? ¿No fué por ventura Platón, á quien hoy se complacen tanto en levantar hasta el cielo, quien declaró ser necesaria una ley que expulsara de la ciudad á aquellos poetas que, con el ejemplo y autoridad de infames deidades, y con el halago de escandalosos poemas, despertan la concupiscencia vergonzosa y aceleran la ruina moral? ¿Qué hacen, por el contrario, nuestros cristianos príncipes? ¿Por qué no dan una ley que destierre de las ciudades á esos falsos poetas junto con sus libros, y aquellos escritos de los antiguos que tratan de cosas deshonestas y alaban á los falsos dioses? Sería una gran dicha que se despreciaran semejantes escritos y no quedaran más que aquéllos que sirven para fomentar la virtud» (1).

Opiniones enteramente parecidas defendió Savonarola respecto de las artes del diseño. En repetidas ocasiones explicó, qué es lo que reprende en el arte de su tiempo, y qué desearía ver sustituido en su lugar. Lo que combate también allí con razón, es el falso Renacimiento pagano que profanaba el arte religioso y lo abatía al polvo de los motivos y sentimientos terrenos, cuando no enteramente impuros. Generalmente no quiere oír hablar de arte que no sirva á la religión, y por esto flagela principalmente las

(1) Villari (edición alemana), II, 118-119.

representaciones del cuerpo desnudo, como deshonestas y corruptoras, principalmente por cuanto los cuadros de las iglesias sirven de libros para los niños y las mujeres (1). Levanta enérgicamente su voz contra el naturalismo en el terreno del arte religioso, aun cuando reconoce que el estudio del natural es el punto de partida de todo cultivo de las artes; persuade á los artistas atiendan más á la expresión y á la belleza de los conceptos, que á la perfección de la forma.

Se esforzaba por desterrar del arte todo lujo; bien que generalizando y exagerando también en esta parte no pocas veces, de una manera que no correspondía á la realidad de los hechos. «Vestís y adornáis á la Madre de Dios, como á vuestras cortesanas, y le dais las facciones de vuestras queridas. Y luego dicen los jóvenes, señalando á esta ó aquella mujer: Esta es la Magdalena, ésta es San Juan, ésta es la Virgen. Pues sus retratos es lo que pintáis en las iglesias, con lo cual se socava el respeto debido á las cosas santas. En esto hacéis muy mal vosotros los artistas, y si supierais, como yo sé, cuánto daño causáis con ello, ciertamente os abstendríais de practicarlo. Todo es falso y vano lo que representáis en vuestros cuadros. ¿O creéis, por ventura, que la Virgen María anduvo por el mundo como vosotros la pintáis? Pues yo os digo que vestía como una pobre mujer del pueblo» (2).

En oposición á esto reclamaba Savonarola una manera de concebir lo más grave y severa posible: «Las imágenes santas deben elevarse sobre la común naturaleza, y como tales ofrecer caracteres típicos que las den á conocer; y su traje debe ser grave y sin adornos, correspondiente al tiempo antiguo en que vivieron.»

Algunas expresiones de Savonarola acerca del arte, no pueden considerarse exentas de parcialidad y exageración; pero en varios aspectos su oposición contra los extravíos del arte de entonces estaba enteramente justificada. No se puede negar que, principalmente en los últimos decenios del siglo xv había comenzado á

(1) Bode, 223. Cf. Müntz, *Les Précurseurs*, 227; cf. p. 229 ss. y 237. Savonarola no era enemigo del arte, como lo ha demostrado el primero, sin dejar lugar á duda, L. Gruyer, *Les Illustrations des écrits de J. Savonarole publiés en Italie au 15^e et au 16^e siècle et les paroles de Savonarole sur l'Art*. París, 1879. Cf. además Río, *De l'Art chrétien*, II, 368. Frantz, II, 666. Hettner, *Italienische Studien*, 145-153. Müntz en *L'Art*, 1881, IV, 162 s. Ulmann, *Botticelli* 140 s. V. también A. Reichensperger, «Zur Charakteristik der Renaissance», en la *Köln. Volkszeitung*, 1881, n.º 347.

(2) Villari (edición alemana), II, 116.

penetrar en el arte italiano una tendencia sensual; tendencia que se ha de considerar como errónea, aun desde el punto de vista meramente estético. La más ligera consideración de muchas obras de arte creadas entonces, muestra comúnmente el grande realismo y la creciente complacencia de los artistas en la representación de los numerosos accesorios que los italianos estimaban y á que tenían afición en la vida cotidiana, y alegraban por consiguiente el ánimo del pintor. Es indudable que uno y otro exceso, precisamente en la época de Savonarola, «alcanzaban algunas veces tan gran predominio, y se ponían de manera en primer término, que padecía por ello el argumento de la obra de arte, la cual, por otra parte, por el inconsiderado naturalismo, apenas podía reconocerse con frecuencia como un objeto santo y destinado á la devoción.»

La costumbre, que no pocas veces condujo á abusos, de retratar en las imágenes de Santos á los contemporáneos, fué aumentando más y más en la segunda mitad del siglo xv, y cuando Donatello tomaba por modelo para una estatua de un profeta, á un hombre como Poggio, esto traspasaba ciertamente los límites de lo permitido. Lo mismo se puede decir en algún sentido de la Adoración de los Reyes de Boticelli, de los frescos de Benozzo Gozzoli en el campo santo de Pisa y en San Gimignano, y los de Ghirlandajo en Santa María Novella de Florencia (1). Mucho más escandaloso era, que el inmoral carmelita fra Filippo Lippi pintara continuamente en las imágenes de la Virgen á Lucrecia Ruti, con quien tenía ilícitas relaciones (2). Y es muy característico para aquella época, que se continuaran haciendo á Lippi encargos para las iglesias, á pesar del escándalo que daba (3).

Aun cuando el abuso de los motivos mitológicos, lo propio que las representaciones sensuales y descaradas, fueran todavía excepciones en el siglo xv, se habían ya de lamentar, sin embargo, algunos graves extravíos en este sentido. Así fra Bartolomeo

(1) Por más bellezas que presenten los frescos de Ghirlandajo que adornan el coro de Santa María Novella, con todo eso, hay que calificar como una suerte de profanación de la historia sagrada, el haberse puesto en los mismos nada menos que 21 retratos de miembros de las dos familias á cuyas expensas se hicieron los frescos. Müntz, *Précurseurs*, 230. Cf. Burckhardt, *Beiträge*, 215 s.

(2) Cf. Guhl, I, 24. Crowe-Cavalcaselle, III, 52 s.

(3) Esto lo hace resaltar con razón F. Rieffel en su ingenioso bosquejo, «Ghirlandajo und Botticelli», publicado en la *Frankf. Zeitung*, de 21 de Enero de 1898.

pintó antes de su conversión á San Sebastián, en forma tal que, según refiere Vasari, dentro de poco tiempo se tuvo que quitar de la iglesia aquella imagen, por efecto de las tristes experiencias adquiridas por los confesores (1). Tampoco están libres de reprensión algunos cuadros y grabados de Mantegna, que, por lo demás, permaneció siempre personalmente fiel á la Iglesia (2). Asimismo el Juicio Final que Lucas Signorelli pintó en la catedral de Orvieto traspasa muchas veces, en el empleo del desnudo, los límites que pueden permitirse en una iglesia; y en la cenefa llegó hasta representar asuntos mitológicos. El mismo artista pintó para el viejo Lorenzo algunos cuadros de dioses desnudos en el palacio de Pandolfo Petrucci de Sena, entre otros una bacanal (3). También procede de él el cuadro de «la educación de Pan», con grupos de dioses desnudos, que se halla ahora en el Museo de Berlín (4). Por extremo inconvenientes son algunos frescos de Sodoma (5), y los del joven Corregio, en la cámara de San Paolo de Parma del año de 1518, los cuales pintó para la abadesa de aquel rico monasterio de monjas, Donna Giovanna, dama de humanística formación. El techo de la sala se halla transformado en un parral, en cuyos huecos se ocultan genios y amorcillos. Las Gracias, las Parcas, la Fortuna, Sátiros, y hasta una Venus desnuda, están pintados al claro oscuro en 16 lunetas; en la pared principal de aquella asamblea de dioses, aparece Diana poco cubierta; y todo ello es mitológico, nada cristiano (6). Merecen asimismo reprensión, desde el punto de vista cristiano, las imágenes de Venus de Sandro Boticelli y Piero di Cósimo, aun cuando no se advierta en ellas aquella liviandad que en los artistas posteriores (7).

Es una iglesia enteramente extraña el llamado «Templo de Malatesta», de Rímíni, el cual transformó, por encargo de aquel tirano, León Bautista Alberti. Los accesorios gentílicos adquieren allí una intolerable extensión, y apenas se halla una inscripción de argumento religioso. La estatua de San Miguel es la ima-

- (1) Vasari, III (ed. 1598), 1, 39.
- (2) Piper, I, 1, 326.
- (3) Piper, I, 1, 322.
- (4) Crowe-Cavalcaselle, IV, 1, Hälfte, 85 ss.
- (5) Cf. Hist.-pol. Bl. LXXXI, 363 s. y Frizzoni, 116.
- (6) Cf. Woltmann, II, 706. Naumanns Archiv für zeichnende Künste, VII, 117 ss., y Rumohr, Drei Reisen nach Italien (Leipzig, 1832), 159.
- (7) Piper, I, 1, 327; cf. Burckhardt, Beiträge, 423 s.

gen de la amada de Malatesta, la célebre Issota. En la capilla de San Jerónimo aparece el Olimpo pagano: Diana, Marte, Mercurio, Saturno y hasta Venus desnuda (1). En la magnífica fachada de la cartuja de Pavia el zócalo está cubierto con medallones de Emperadores romanos y héroes gentiles. También en las puertas de la catedral de Como se ven figuras de la antigua mitología é historia, centauros que llevan á la grupa mujeres desnudas, pavos, Hércules y Mucio Scevola. Estas imágenes puramente decorativas están, parte copiadas de antiguos sarcófagos, ó gemas, parte nacidas de la fantasía del escultor. Por semejante manera las puertas de bronce labradas por Antonio Filarete (1441-1447) para la antigua iglesia de San Pedro, ostentan grupos mitológicos entre las hojarascas en forma de arabescos, que rodean las hojas de la puerta (2). Hasta algunos monumentos sepulcrales carecen de toda señal cristiana. Ejemplos de este género son, los sarcófagos de Jacobo della Cuercia, actualmente en la Galería de Florencia (3); el sepulcro de Piero y Cósimo de Médici, de Verrocchio, en San Lorenzo de Florencia (4). El sepulcro de Rolando de Médici en la Anunziata (5), y el mismo de Juan de Médici, de Donatello, en San Lorenzo de Florencia (6), no tienen ni un solo símbolo cristiano. Lo mismo se advierte en el sepulcro de Marco Antonio della Torre (m. 1506) y de su hijo, ejecutados por Andrés Riccio para San Fermo de Verona, en los cuales se explaya el elemento pagano antiguo de una manera enteramente caprichosa. Los ocho bajo-relieves exquisitamente labrados representan la vida y muerte del célebre médico, en estilo tan enteramente antiguo, que el espectador cristiano no puede menos de escandalizarse: el sabio está dando su lección rodeado de Apolo y de Hygiea (la salud) delante de una estatua de Minerva; en el lecho de muerte le rodean Apolo y las Parcas. Sus allegados ruegan á los dioses por su salud, sacrificando víctimas; el alma del difunto sube á la barca de Aqueronte; en el Elíseo le esperan las Gracias; la diosa de la

- (1) Cf. nuestras indicaciones, vol. III, págs. 154-155.
- (2) Piper, I, 1, 292-294.
- (3) En una pila bautismal de la catedral de Sena, esculpida por Quercia, al lado de escenas bíblicas, se ven también amores, tritones, centauros. Cf. Piper, I, 1, 292 ss.
- (4) Müntz, I, 59.
- (5) Müntz, I, 424.
- (6) Müntz, I, 429.